

LA MOSCA

Por Hamdan Dammaj
Traducido por Silvia Marin y Germán Arce

Miles de momentos difíciles han transcurrido sin compasión. Él se había pasado toda la mañana en busca de la verdad, pero había sido en vano. Sabía perfectamente que no sería capaz de escapar al exterior, donde existía un mundo repleto de luz y libertad; un mundo que él claramente podía observar a través de la maldita barrera invisible. Él creció indefenso ante los repentinos ataques de miedo que le aturdirían cada vez que golpeaba la barrera invisible.

Aquella barrera era un misterio, no sólo para él sino para toda la población de moscas. Había oído hablar de ella a través de uno de sus amigos, pero nunca había imaginado que sería tan misteriosa y desalentadora.

Su vuelo empezaba a estar confinado a un espacio reducido de forma que no podía circular libremente como solía hacerlo. Era incapaz de volar, “como un despreciable piojo”, reflexionaba avergonzado cuando su cara magullada quedaba pegada en la cerrada ventana de la habitación de la casa número 32, en la vieja vecindad de *Itaha’ah*.

“Qué desastre! Tengo que morir de la misma manera que mueren las cucarachas?”, Se preguntaba una voz ansiosa dentro de él. Había estado llorando ininterrumpidamente desde por la mañana. No podía recordar como había caído en aquella trampa, todo lo que recordaba era cómo estaba felizmente meditando en el aire tras una comida abundante en la cocina del vecino cuando... “No deberías haber cerrado los ojos cuando vuelas”, se decía así mismo enfadado, cuando sus húmedas lágrimas se deslizaban por su cara mezclándose con el inmundado sudor de su cuerpo, el cual solía limpiarse con rápidos y bruscos gestos.

Su memoria le situaba algunos días atrás, cuando aún era joven, en el momento que había presenciado la muerte de una cucaracha. Fue una escena horrible que le acusaba constantemente y permanecía viva en su mente a lo largo de su corta vida. Aquella escena le producía más miedo que el hecho de ser tragado por una rana.

Acababa de llegar de una comida matinal con sus compañeros cuando escuchó tenues quejidos que la hicieron estremecer y perder casi el equilibrio.

La gigantesca cucaracha estaba tumbada y postrada sobre su espalda con sus puntiagudos miembros balanceándose en el aire con repugnante agilidad. Cuando permanecía sobre su espalda, clamando por ayuda, aquel lugar empezaba a oler a muerte. No transcurrió mucho tiempo antes de que la primera de las hormigas se viese a la distancia.

“No, yo no puedo morir así”, sacudía su cabeza a la vez que intentaba evitar aquellos horribles pensamientos. Él prefería mucho más una “muerte natural” como la del jefe de su tribu quien acababa de morir hacía unas cinco horas tras una larga vida, atragantándose con su comida final.

Cómo le habría gustado morir en una gran matanza junto a sus compañeros moscas, asfixiándose en gas venenoso, mucho mejor que morir sólo y postrado sobre su espalda como una cucaracha.

Después de descansar un rato, fue capaz de quitarse el sudor que aún quedaba en sus alas. Luego continuó su trabajo, una vez más buscando meticulosamente a través de la inmensidad de la ventana un espacio mediante el cual pudiese escapar.

Mientras estaba afanado en su trabajo, grandes ideas pasaban por su pequeña mente. Sentimientos de esperanza y deseo comenzaron a emerger dentro de él. “Sí, todo acabará pronto”, se aseguraba a sí mismo cuando sus alas revoloteaban contra el sólido cristal de la ventana produciendo un sonido hueco.

Incapaz de soportar el dolor y el cansancio, perdió el equilibrio y su cuerpo frágil cayó en el hueco del cristal de la ventana. A pesar de su cansancio, las imágenes de un futuro brillante aún afloraban en su mente. “No, él no se rendiría, no podía rendirse”. Volaría de nuevo, sería libre para poder abrazar los infinitos cielos. Cuando fuese libre de nuevo, comenzaría una nueva vida. Nunca más permanecería en los aires de esta deprimente casa, sino que visitaría todos los basureros de la ciudad así como nuevas cosas que nunca antes hubiese visitado.

Por supuesto, tendría especial cuidado en no ser atrapado por barreras invisibles y seguramente no moriría postrado sobre su espalda como las cucarachas, sino que moriría de igual forma que el jefe de su tribu, atragantándose con su comida final. Quién sabe?. Quizá algún día él llegase a ser jefe. En realidad, “llegaré a ser jefe” pensaba para sí, y...y...

Mientras estaba absorto en sus ilusionados pensamientos, se quedó completamente dormido y antes de cerrar felizmente sus ojos, una ancha mano se había ya posado sobre él. Podía sentir, a través de la oscuridad fuertes dedos que le aprisionaban y le asían firmemente todo su cuerpo, antes de que le aplastasen a él y a todos sus pensamientos.

Todo se desvaneció rápidamente, los cielos, la luz, la libertad y sus amigos. Se daba cuenta que era el final, pero todavía era feliz. Una sonrisa de satisfacción se esparció a lo largo de su cara abatida, cuando silenciosamente recordó en aquel mismo instante que no moriría de la misma manera que mueren las cucarachas.

Hamdan Dammaj (1974) Proveniente de familia con tradición literaria, Dammaj emprende tempranamente la labor de escribir poesía y cuentos en su natal Yemen. Actualmente, adelanta estudios de Computación y Ciencias de la Información en la Universidad de Reading (Inglaterra). “La Mosca” originalmente escrito en Arabe, es el primero de sus cuentos traducidos al Español por Silvia Marin y Germán Arce, a partir de una previa versión en Inglés.